



Primo Levi y Sigmund Freud: breve historia de un desencuentro¹

Augusto Abello Blanco²

Instituto de Psicoterapia Relacional, GTI-POP, Madrid

En este trabajo se propone una reflexión sobre lo que ha implicado para muchos sujetos dar testimonio de situaciones traumáticas y de las vicisitudes de la escucha ante tales testimonios. También se recorren algunas de las cuestiones que llevaron a Primo Levi al suicidio y –a partir de sus propias declaraciones- se trabaja la idea de las repercusiones que cierta forma de entender el psicoanálisis puede tener en la escucha y el tratamiento de pacientes que han sufrido traumas severos. Se resumen algunas de las diferencias que el Psicoanálisis Relacional representa frente al psicoanálisis clásico, especialmente a la hora de pensar abordajes clínicos en situaciones traumáticas.

Palabras clave: Primo Levi, Sigmund Freud, Desencuentro.

This paper proposes reflections about the implications for many subjects, when they have given testimony of traumatic situations, as well as the difficulties in the listening to these testimonies. It also covers some of the questions that took Primo Levi to suicide, and –from his own declarations– work on the idea of the repercussions that a certain form of understanding that psychoanalysis can have in the listening and treatment of patients that have suffered severe trauma. Some differences of Relational Psychoanalysis are represented, in contrast to classic psychoanalysis, especially when approaching clinic in traumatic situations.

Key Words: Primo Levi, Sigmund Freud, Mismatch

English Title: Primo Levi and Sigmund Freud: Brief history of a mismatch.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Abello, A. (2009). Primo Levi y Sigmund Freud: Breve historia de un desencuentro. *Clinica e Investigación Relacional*, 3 (2): 372-383.

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/CEIRPortada/tabid/216/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]

“Primo Levi negaba a los psicoanalistas el derecho de ejercer sus talentos sobre los que habían sobrevivido a los campos de exterminio nazis. Dudaba de que pudieran oír y ayudar a pacientes como ellos”

Myriam Anissimov (biógrafa de Primo Levi)

Dos citas que hacen al fondo de la cuestión que quiero transmitir:

“La muerte de cualquier hombre me disminuye porque estoy ligado a la humanidad.... por consiguiente nunca preguntes por quién doblan las campanas: doblan por ti”. John Donne, 1624.

De Emmanuel Lévinas:

“Amarás a tu prójimo, él es tú mismo”.

El origen de este texto está ligado a tres hechos más o menos identificables.

Se resumen así: soy psicoanalista y siento un amoroso compromiso con mi profesión, valoro y admiro muchas cosas del cuerpo teórico y de la clínica del psicoanálisis en general y de Freud en particular. Actualmente mis intereses se vuelcan, en gran medida, sobre la corriente conocida como “Psicoanálisis Relacional”.

El segundo punto es que desde que conocí la obra de Primo Levi no he dejado de leerla y releerla. Me refiero –sobre todo- al testimonio en torno a su experiencia en un campo de concentración y exterminio reflejado en su conocida trilogía: *“Si esto es un hombre, La tregua y Los hundidos y los salvados*, los tres en Muchnik Editores.

La obra de Primo Levi me aportó –y me sigue aportando- tanto, que mi cariño, admiración y agradecimiento por él no han dejado de crecer.

El tercer elemento es más coyuntural: hace pocos años supe de las reservas que Primo Levi sentía por el psicoanálisis y por los psicoanalistas, especialmente por la clínica psicoanalítica con pacientes que hayan vivido situaciones traumáticas (creo que sería más justo decir “por cierto tipo de psicoanálisis”- hoy conocido como “clásico”- aquel al que él tuvo acceso). Volveremos sobre este tema.

Teniendo en cuenta mi relación con la obra Freud y con la de Primo Levi es fácil entender que esta cuestión me hiciese pensar mucho y sentir un malestar importante, luego, el malestar se transformó en reflexión y en tratar de entender los motivos de ese descreimiento. Eso es lo que deseo transmitir -al menos parcialmente- en este trabajo.

Tomaré algunos elementos de la obra y de la vida de Primo Levi y un recorte de fuertes repercusiones -y muy específico- de la teoría psicoanalítica

Primo Levi nació en Turín, se doctoró en Química (título que le ayudó a salvar la vida) y - como es como conocido- pasó algo más de un año –de sus 24 a sus 25- en el campo de concentración y exterminio, Buna Monowitz, uno de los campos que conformaron Auschwitz. Desarrolló durante décadas un infatigable trabajo para transmitir su experiencia -y la de tantos hombres y mujeres- en el campo (Lager). Lo hizo de muchas maneras diferentes: escribió la trilogía antes citada sobre ese año atroz y lo que vino después, ofreció multitud de entrevistas, escribió mucho en prensa, visitó durante años institutos de secundaria informando a -y debatiendo con- los alumnos sobre los textos que había escrito y sobre lo que había vivido.

Creo que Primo Levi tenía que saber –con ese conocimiento tan particular que dan ciertas experiencias- que en esa necesidad de testimoniar le iba buena parte de su vida.... y – quizás- de su muerte, como sugiere Raquel Rosenblum en su interesante ensayo “¿Se puede morir de decir? Sara Kofman, Primo Levi”³

Rosenblum reflexiona en su ensayo sobre qué relación pudo haber existido entre tantos supervivientes que dieron testimonio escrito del horror de los campos y su suicidio posterior (por citar algunos de ellos: el propio Levi, Sara Kofman, Paul Celan). Otros, que no apelaron al suicidio, han dado cuenta de la herida inmensa que les produjo el acto de dar testimonio.

También tenía que sentir Primo Levi que esa difusión que se propuso -y que consiguió como pocos- era mucho más que la mera transmisión de una experiencia singular.

Escribió: "Si comprender es imposible, conocer es necesario"

Su última intervención pública -de noviembre de 1986- se tituló:

“El deber de testimoniar”

Breves comentarios sobre las formas y los riesgos ligados al acto de dar testimonio

Un sueño de Primo Levi nos acerca a una escena tan dramática como posible. El sueño -un sueño que muta en pesadilla- incluye en su relato palabras tan reveladoras como “placer intenso” y “dolor en estado puro” y muestra a las claras un movimiento terrible que puede darse en el acto de dar testimonio.

Transcribo un extracto de ese sueño, en palabras del propio Levi (en “*Si esto es un hombre*”, 1946):

“Aquí está mi hermana, y algún amigo mío indeterminado, y mucha más gente. Todos están escuchándome y yo les estoy contando justamente eso: el silbido de las tres de la madrugada, la cama dura.... mi vecino, a quien querría empujar pero a quien tengo miedo de despertar porque es más fuerte que yo. Les hablo también prolijamente de nuestra hambre y de la revisión de los piojos, y del Kapo que me ha dado un golpe en la nariz y luego me ha mandado a lavarme porque sangraba. Es un placer intenso, físico, inexpresable, el de

estar en mi casa, entre personas amigas, tener tantas cosas que contar: pero no puedo dejar de darme cuenta de que mis oyentes no me siguen. O más bien, se muestran completamente indiferentes: hablan confusamente entre sí de otras cosas, como si yo no estuviese allí. Mi hermana me mira. Se pone de pie y se va sin decir palabra”.

“Entonces nace en mí un dolor desolado, como ciertos dolores que apenas se recuerdan de los primeros años de la infancia: es el dolor en estado puro, sin templar por el sentimiento de la realidad ni por la intrusión de circunstancias extrañas, semejantes a aquellos por los que los niños lloran...”

Y después aclara: “este sueño no lo he soñado una vez, sino muchas... con pocas variantes de ambiente y de detalle.... Alberto me ha confiado –para mi asombro- que él también lo sueña y que es el sueño de otros muchos, tal vez de todos...”

Otro relato del propio Levi:

“Soñábamos en las noches feroces
Sueños densos y violentos
Soñados con el alma y con el cuerpo:
Volver; comer, contar lo sucedido.
Hasta que se oía breve, sofocada
La orden del amanecer:

Wstawac

Y el corazón se nos hacía pedazos.” (1998)

Merece ser destacado el hecho de que en la misma línea, con el mismo tono y como otorgándoles el mismo peso aparecen tres deseos:

Volver-Comer-Contar lo sucedido

Siguiendo con el acto de dar testimonio, esta vez de manera más enérgica –y de las pocas veces en las que se puede percibir a Primo Levi rabioso, ofuscado, contundente- lo vemos en el poema que inicia “*Si esto es un hombre*” y del que el libro recibe el nombre.

En ese poema nos encomienda a todos la tarea de testimoniar:

Si esto es un hombre (Fragmentos)

“Los que vivís seguros
En vuestras casas caldeadas
Los que os encontráis, al volver por la tarde,
La comida caliente y los rostros amigos:”

“Considerad si es un hombre
Quien trabaja en el fango

Quien no conoce la paz
Quien lucha por la mitad de un panecillo

Quien muere por un sí o por un no.”

“Considerad si es una mujer
Quien no tiene cabellos ni nombre
Ni fuerzas para recordarlo
Vacía la mirada y frío el regazo
Como una rana invernal.”

“Pensad que esto ha sucedido:
Os encomiendo estas palabras.

Grabadlas en vuestros corazones
Al estar en casa, al ir por la calle,
Al acostaros, al levantaros;
Repetídselas a vuestros hijos.”

“O que vuestra casa se derrumbe,
La enfermedad os imposibilite,
Vuestros descendientes os vuelvan el rostro”.

Ahora bien, hasta aquí un breve resumen de la necesidad vital del testimonio, de su lugar en la vida de Primo Levi como representante de tantos otros, un poco más adelante podremos pensar en las tremendas resistencias que este tipo de testimonios encontraron en sus destinatarios y nos centraremos en una en especial: la que puede derivarse de cierta forma de entender la clínica psicoanalítica.

Algunas pinceladas sobre el final de la vida de Primo Levi:

El 7 de febrero de 1987 –año de su muerte- le escribió a David Mendel:

“He caído en un estado depresivo bastante grave. He perdido el interés por la escritura e incluso por la lectura. Estoy muy abatido y no deseo ver a nadie.... Como médico honrado te pregunto qué debo hacer”. (Anissimov, 2001)

El sábado 11 de abril de 1987 a las 10 y 20 de la mañana Primo Levi llamó al Gran Rabino de Roma, Elio Toaff y le dijo: “No sé cómo seguir. Ya no soporto esta vida. Mi madre sufre de cáncer y cada vez que miro su rostro me acuerdo del de aquellos hombres que yacían sobre las tablas de los jergones de Auschwitz”. (Ibídem)

Unos minutos después Primo Levi se tiraba -desde la tercera planta- por el hueco de la escalera del inmueble donde había nacido y en el que había vivido siempre⁴.

Elie Wiesel (1987) brindó su interpretación de este último acto:

"Primo Levi murió en Auschwitz cuarenta años después".

Conviene tener en cuenta -para no pensar que las reticencias de Levi hacia el psicoanálisis formaban parte de una desesperanza más general- que aun cuando sufrió en diferentes

momentos de su vida diversos grados de depresión, Primo Levi era una persona optimista. En julio de 1963, escribió:

“Siempre he tenido confianza en el hombre de manera intuitiva y congénita.

El campo no llegó a destruirla. Partir de la confianza para abordar la ausencia de confianza me parece un buen punto de partida. Más vale partir de un sentimiento de confianza, aún a riesgo de equivocarse. Prefiero ese a priori a la desesperación y el pesimismo. El optimismo es una apuesta. El optimismo, aunque irracional, me parece una forma de empezar con buen pie, incluso si al final resulta que nos hemos equivocado⁵.” (Anissimov 2001)

En esa depresión -que no superó- concurren diversas causas:

El deterioro de su madre de 91 años, los 95 años de su suegra y la ceguera que ella padecía, la preocupación y angustia ante una inminente operación quirúrgica a la que debía someterse y también – y especialmente- la excesiva difusión que la prensa había dado a las tesis negacionistas, algo que le afectó en lo más hondo.

El tema del negacionismo en torno a la Shoá, como sabemos, tiene una larga y triste historia. Las manifestaciones de los negacionistas son –como es fácil entender- actos cínicos y perversos, pero son también actos con un enorme valor de retraumatización en las víctimas y afectados, como veremos más adelante.

Como adelantamos, el otro punto de esta reflexión incluye ciertos aspectos del psicoanálisis. Creo que el dispositivo psicoanalítico incluye un respeto exquisito por la palabra del paciente. Quizás, la escucha de esa palabra por parte del psicoanalista, sea la más refinada que un método terapéutico pueda ofrecer.

En líneas generales, es fácil pensar que esa palabra -cuando da testimonio de un sufrimiento extremo- encontrará en el psicoanalista un receptor excepcional.

Lamentablemente creo que no siempre es así, a veces (demasiadas veces) ese anhelo y necesario encuentro resulta un doloroso desencuentro con graves consecuencias.

Myriam Assinimov, en su biografía sobre Levi, afirma: “a pesar de su desconfianza hacia el psicoanálisis parece ser que Primo Levi inició algunos pasos que no prosperaron... lo hizo a pesar de que negaba a los psicoanalistas el derecho de ejercer sus talentos sobre los que habían sobrevivido a los campos de exterminio nazis. Dudaba de que pudieran oír y ayudar a pacientes como ellos”

Creo que Levi tenía razón, o dicho de otro modo: tenía elementos, desde cierto contacto - como tuvo- con el psicoanálisis de la época, para sentir y pensar de esa manera.

De las posibles causas de esa desconfianza, algunas ideas:

Las reservas de Levi hacia el psicoanálisis alcanzaban al psicoanalista Bruno Bettelheim y a su obra. (Bettelheim estuvo detenido en Dachau y en Buchenwald y fue posteriormente liberado).

Dirá en los *Hundidos y los salvados*: “las interpretaciones de los psicoanalistas -aún la de quienes como Bruno Bettelheim han atravesado la prueba del Lager- me parecen imprecisas y simplistas.... Como si se quisiera aplicar los teoremas de la geometría plana a la resolución de los triángulos esféricos”

Usar el término neurosis para ciertas cuestiones puede ser simplista y ridículo.”

Primo Levi –relata su biografía- había leído un texto de Bettelheim en el que presentaba su internamiento como una experiencia de envilecimiento y de impotencia infantil. Y precisamente contra esta afirmación, según la cual el comportamiento del deportado sería asimilable a una regresión infantil, se había sublevado Primo Levi.

No entraremos –no es el momento ni el lugar- en valorar la interpretación que Levi hace del texto de Bettelheim ni la que éste hizo de la experiencia vivida en los campos de concentración y exterminio.

Agreguemos algo por todos conocidos y que me ayudará a explicarme. Además del negacionismo malintencionado y venenoso -ya comentado- hay otro fenómeno desgarrador: el del silencio ante el desastre que implicó el exterminio. Y hay infinitas hipótesis para dar cuenta de ese silencio... silencio o –su equivalente más suave-: la escucha mutilada....

Silencio que se presenta de múltiples y muy variadas maneras: silencio explicado de muchas maneras y por muchas teorías, silencio humano, silencio defensivo, silencio cómplice.... silencio.

Al respecto, Jacobo Timerman, (periodista judeo-argentino), “desaparecido” (secuestrado) por los militares en la Argentina de la dictadura de los años 70, torturado y sobreviviente, dice en sus memorias algo conmovedor: “el Holocausto no será recordado tanto por el número de víctimas sino por la magnitud del silencio.... y lo que más me obsesiona es la repetición de ese silencio”

Hay algo todavía más macabro, nos dice Levi en *Los hundidos y los salvados*, en el fenómeno del silencio y del negacionismo y es el hecho de que los primeros negacionistas fueron los propios nazis. Muchos sobrevivientes –entre ellos Simón Wisenthal- recuerdan cómo algunos SS se divertían al decirles a sus prisioneros:....”ninguno de vosotros quedará para contarlo, pero incluso si alguno lograra escapar el mundo no lo creería..... la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos.... Dirá que son exageraciones y nos creará a nosotros, que lo negaremos todo”.

Un apunte evidente que entronca con este tema de manera directa: el psicoanálisis ha estudiado en profundidad el mecanismo de la negación. (La Negación, 1925. Freud, S. Amorrortu)

Lo macabro estaría –sobre todo- en las coincidencias (en torno a diversas versiones de la negación, justamente) que existen entre el relato nazi citado por Wisenthal, el sueño de Levi y el de todos los fenómenos que llevan a una sordera selectiva, sea ésta total o parcial, intencional o involuntaria, consciente o inconsciente. (salvando las distancias que existen entre estos fenómenos y sus diversos grados, por supuesto, pero reconociendo también que pueden formar parte de una misma serie)

Algunos comentarios sobre lo traumático en psicoanálisis:

Un pequeño recorrido por los orígenes del psicoanálisis nos permiten hipotetizar sobre las posibles causas de la desconfianza de Levi hacia el método de Freud en tanto abordaje clínico.

Como sabemos, Freud desarrolla –en el nacimiento del psicoanálisis- su teoría de la neurosis histérica como una teoría traumática. Un año después de ese postulado, en septiembre de 1897, le escribe a Fliess que ha abandonado dicha teoría con la célebre frase: “ya no creo en mi neurótica.”

A partir de este extraordinario giro, Freud accede a los conceptos psicoanalíticos fundantes y fundamentales: realidad psíquica, fantasía inconsciente, sexualidad infantil, Complejo de Edipo, etc.

Judith Herman (1994), especialista en trauma, lo comenta así: “el psicoanálisis se convirtió en el estudio de las vicisitudes internas de la fantasía y el deseo... dissociadas de la realidad de la experiencia”.

Como dice Pedro Boschán (2008): “parte del tributo pagado -en ese giro- es una tendencia a desmentir todo lo traumático –y sus consecuencias- en la vida del sujeto o de una sociedad.” En la nueva teoría, el trauma perdió –durante décadas- su lugar. Lugar que se recuperará –dentro del psicoanálisis- aunque parcialmente y de forma no exenta de dificultades.

Será Sándor Ferenczi, analista húngaro y coetáneo de Freud, el primero que retoma el valor del trauma y su inclusión como elemento de primer orden a la hora de entender el sufrimiento humano dentro del marco analítico.

En una carta a Freud (2000) el analista húngaro le advierte de la sobrestimación que el psicoanálisis le otorga al fantasma y la subestimación que hace de la realidad traumática en la patogénesis.

Ferenczi propone mantener los postulados freudianos sin olvidar el lugar del trauma, propone que Freud y el psicoanálisis no deben cerrar un ojo⁶ a la realidad externa y que mantengan una mirada binocular.

Es obvio que Freud no negaba de manera burda la realidad traumática –él mismo abandonará Viena por la persecución nazi- y perderá varios miembros de su familia en las campos de exterminio, aunque no vivirá para saberlo.

Pero a pesar de todo, la herencia que ha dejado en muchos analistas esa posición teórica de Freud se mantiene.

Algunos psicoanalistas sienten que no disponen de una herramienta teórica y clínica para el abordaje del sufrimiento que ha generado el traumatismo como realidad. Y según qué marco teórico regule su práctica clínica, podemos pensar que esos analistas llevan razón al sentirse incapacitados para abordar ciertas situaciones traumáticas en las que la realidad ha desbordado por completo al paciente (y –en ocasiones- al propio analista). La elección del objeto de estudio de estos analistas –y desde ahí su acción terapéutica- pude dejar por fuera

los efectos devastadores de una realidad aplastante.

Y esa posición por parte del analista puede generar situaciones de mucho impacto en un paciente víctima de un trauma y –por supuesto- en el caso de un sobreviviente del Holocausto como es el caso que ahora nos ocupa.

¿Sería esta situación la que Primo Levi –en tanto sobreviviente y portador de un trauma de dimensiones colosales- quería evitar a través de su escepticismo hacia el psicoanálisis?

Creo que deberíamos estar muy atentos a no participar en una escena en la que se confirme en el paciente ese temor a no ser escuchado o una escena en la que el que escucha, o los que escuchan, hablan entre ellos –como en el sueño de Levi- una escena asimilable a la que se produce, por ejemplo, cuando los analistas *hablamos* –como dialogo interno y en el transcurso de la sesión- con nuestras teorías, con nuestros supervisores o con nuestros maestros, antes que con el paciente allí presente. Muchas veces ese dialogo interno tiene tintes persecutorios para el analista: ¿lo estaré haciendo bien?; ¿esta intervención es psicoanalítica?; ¿qué dirá mi supervisor de este movimiento que acabo de hacer?; etc. Tono persecutorio que, a mi entender, explicaría una buena parte del fenómeno por el cual tantas veces los analistas no hacemos público lo que realmente hacemos en nuestras consultas. Cuando digo escuchar me refiero –como pueden imaginarse- a una determinada escucha: una escucha empática, comprometida, una escucha que acompañe desde la sintonía afectiva además de acompañar desde la razón pensante.

Muchos creemos que en ocasiones límites, como las que estamos pensando en este trabajo, la interpretación –recurso príncipe del psicoanálisis para muchas situaciones- debe dejar paso a otro tipo de intervenciones, más ligadas al campo de lo vincular, jerarquizando el encuentro entre dos seres humanos. Vínculo humano que podemos situar por encima de la condición de paciente y analista. Creo que si el analista no puede identificarse en esta doble pertenencia, estar en ambos lugares: lo profesional y lo vivencial-humano, asume el riesgo –especialmente en todo lo relacionado al trauma- de mutilar su escucha, de empobrecer el encuentro, de dejar en una dolorosa soledad al paciente, de reducir –con violencia- una experiencia de enorme calado vital.

Antonio Sánchez⁷ (2008) escribió: “... muchas veces negamos la existencia de actos que nos conmueven intensa y profundamente. Interpretar como un conflicto interno y como algo –únicamente- anclado en la fantasía lo que fueron hechos fácticos, de la realidad exterior, es generador de confusión y es traumatizante; es –una vez más- la desmentida.” Y nos recuerda que “Ferenczi llegó a la conclusión de que la técnica analítica clásica podría producir, en determinados casos, situaciones iatrogénicas en la medida en que llevaba al paciente a recordar o a repetir el traumatismo original mientras el analista mantenía su benévola pasividad objetiva”.

Quizás a ello se refiere Sara Kofman –cuyo padre murió en un campo de exterminio viviendo ella situaciones de alto valor traumático- cuando dice:

“Hay que abrir el antro del que surgen los gritos.... pero a condición de que esos gritos no retumben en el vacío, a condición de que cierto tipo de escucha pueda recoger, adoptar... la palabra emitida.”

“El silencio del analista es intolerable. Es signo, no de una indiferencia a los sucesos de mi vida pero sí de una depreciación de los más íntimo que poseo.”

Para eso... mejor no dar nada, no decir nada: al menos el silencio es de oro. Pero este silencio también, me es intolerable”.

Como en Primo Levi, encontramos aquí el tema de la respuesta ausente, del silencio insoportable (Rosenblum 2002)

Existen formas de entender la clínica muy diferentes a las planteadas por Freud. El propio Ferenczi es buena muestra de ello, como lo fue –años después- el analista inglés Donald Winnicott o el estadounidense Stephen Mitchell⁸ y en nuestros días lo es Franco Borgogno, por poner algunos ejemplos de los muchos que podríamos citar.

Borgogno (2008) propone para el analista una mayor responsabilidad, que implica: “..... disponibilidad para ponerse en juego sin reservas y una particular capacidad de identificación, compasión y respeto a las emociones y pensamientos del paciente.”

Estas formas diferentes de entender -y practicar el psicoanálisis- a las que me estoy refiriendo dan a la relación terapeuta-paciente y a la subjetividad del terapeuta-analista un lugar destacado. La situación analítica no es sólo expresión del universo intrapsíquico del paciente sino del encuentro de dos subjetividades. Esta reconsideración de la situación analítica enfatiza la reflexión sobre las múltiples formas –conscientes e inconscientes- en las que, como analistas, participamos en el proceso terapéutico y se engloban -de forma significativa- bajo la denominación *Psicoanálisis Relacional*.

Un porcentaje significativo de los fracasos terapéuticos se pueden pensar como consecuencia de una mutilada atención a los aspectos traumáticos presentes en la experiencia de muchos de nuestros pacientes.

Y es que esta escucha deficitaria –que venimos señalando- se vincula con una idea fundamental en la explicación de la dinámica del trauma:

Como lo explica claramente Carlos Castillo⁹ (2008): “Ferenczi diferencia dos tiempos en el proceso traumático. El primero está representado por lo más conocido del trauma, lo acontecido”. “El segundo momento está representado por la denegación –el tremendo “aquí no ha pasado nada”- que constituye el mecanismo responsable de la patología traumática.... el segundo tiempo es todo lo que no sucede, lo que se silencia”.

Sumemos a esto que, como dice la experta en trauma Judith Herman (1994), “el trauma es contagioso” y entenderemos la fuerte resistencia por parte de muchos profesionales de la salud mental para abordar el tema.

Ya lo dijimos: hay muchas formas de esquivar lo traumático, de intentar bajar su intensidad, de no escuchar o de escuchar de manera mutilada.

Esta mutilación en la escucha no es patrimonio exclusivo del psicoanálisis, por supuesto. Raquel Hodara¹⁰ relata el caso de un paciente internado en una clínica, aquejado de una grave dolencia física en cuya historial médico, historial que le fue realizado en la misma

clínica y que constaba de doce páginas, se podía leer -en una sola línea!- lo siguiente: “el paciente estuvo 5 años en Auswitch y perdió a toda su familia: 91 personas”.

Estoy convencido que tenemos derecho a exigir y a exigirnos, como analistas y en palabras de Rosenblum (2002): “asumir que debemos mantener la posibilidad de una elaboración frente al horror, que nos compete estar presentes hasta el final y acoger el relato”

Matizaría: al menos intentarlo.

Exigirnos –especialmente desde el lugar que asumimos como analistas- intentar no ser ni representar nunca, esos personajes que en el sueño de Primo Levi se van, dejan de escucharle (y sabemos que hay muchas maneras de irse, de alejarse).

Y más allá del ámbito profesional, hacerlo también desde nuestro lugar más cotidiano, como receptores que somos del testimonio por nuestro lugar en la tierra, como seres que compartimos la vida y que por lo tanto “nada de lo humano nos debería ser ajeno” y -sobre todo- porque ya sabemos “por quién doblan las campanas”.

REFERENCIAS

- Anissimov, M. (2001). *Primo Levi o la tragedia de un optimista*. Editorial Complutense
- Borgogno, F. (2001). *El psicoanálisis como recorrido*. Editorial Síntesis.
- Boschan, P. (2008). Trauma y niñez *Intersubjetivo*, Vol. 9 Junio 2008.
- Castillo, C (2008). Acerca de la configuración relacional-intersubjetiva del psiquismo y sus implicaciones clínicas. Contribuciones de Sándor Ferenczi. *Intersubjetivo* Vol. 9 Junio de 2008.
- Donne, J. (1624). Meditación XVII. *Devotions Upon Emergent Occasions*
- Ferenczi/Freud (2000) 25/12/1929. En *Intersubjetivo* Vol. 9 Junio 2008
- Freud, S. (1986). *Cartas a W. Fliess* Buenos Aires: Amorrortu, 1994
- Herman, J (1994). *Trauma y recuperación*. Editorial Espasa Calpe
- Levi, P. (1987). Si esto es un hombre. Muchnik Editores
- Levi, P. (1988). *La tregua*. Muchnik Editores
- Levi, P. (1989). *Los hundidos y los salvados*. Muchnik Editores
- Rosenblum, R (2002). ¿Se puede morir de decir? Sara Kofman, Primo Levi. *Revista de Apdeba*. Vol XXIV.
- Sánchez, A. (2008). Artículo inédito y parte del cual fue dado a conocer en una conferencia ofrecida en el GTI.POP en el año 2007
- Timerman, J. Citado en *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Pilar Calveiro. Ediciones Colihue.
- Wiesel, E. (En prensa) La Stampa, 14 de abril de 1987.

NOTAS

¹ Una versión reducida de este trabajo fue leída con el título: *Primo Levi: la vida en la palabra y la memoria de la muerte. Un aporte psicoanalítico* en el encuentro: "Judaísmo y Psicoanálisis" organizada por Casa Sefarad Israel el día Dos de marzo de 2009 en el Ateneo de Madrid. Mi agradecimiento más cariñoso a Arnoldo Liberman, coordinador de dicho ciclo y compañero de viaje entrañable en los últimos 25 años.

² Psicólogo Clínico y Psicoterapeuta Psicoanalítico. Miembro de IARPP España, del Instituto de Psicoterapia Relacional y Co-fundador de GTI-POP (Grupo de Trabajo Independiente, Psicoterapias de Orientación Psicoanalítica), Madrid.

³ Deseo agradecer a Silvia Resnisky, colega y amiga argentina, las ideas y el material que me ha aportado para la realización de este trabajo.

⁴ Sobre la tesis del suicidio de Primo Levi existe cierta controversia, yo adhiero -y aquí propongo- dar por válida la idea del suicidio.

⁵ Esta idea explica porqué una de sus biografías –la escrita por Myriam Anissimov- se titula: "*Primo Levi o la tragedia de un optimista*".

⁶ Para ampliar este interesante tema recomendamos el trabajo de Luis Martín Cabré: "Se ruega cerrar los ojos. Reflexiones sobre el papel del desmentido en la teoría psicoanalítica del trauma" En Revista de Psicoanálisis de la APM Número extra.

⁷ A quien agradezco desde aquí todos y cada uno de sus valiosos aportes al tema

⁸ S. Mitchell es considerado uno de los fundadores del Psicoanálisis Relacional. Agradezco a Ariel Liberman que me lo "presentase" hace ya muchos años, así como todo lo que he podido aprender de esta escuela gracias a su magisterio.

⁹ Para una ampliación sobre este tema recomendamos el exhaustivo y riguroso trabajo de Carmen Acedo y Carlos Castillo como coordinadores -y participantes- de la Sección "Símbolo, Trauma e Intersubjetividad a través de la mirada de Sándor Ferenczi", en la Revista Intersubjetivo Vol 9. Junio de 2008.

¹⁰ Viñeta extraída de un documental, que conocí gracias a Carlos Nemirovsky, en el que la autora ofrece una conferencia a estudiantes de psicología en Buenos Aires en los años 70